



PAISAJE EN LA GUADALUPE.

Los primeros negros fueron llevados á América en 1505, es decir, poco tiempo después del establecimiento de los europeos en el continente. No se tardó en descubrir que eran mas á propósito que los naturales del país para los penosos trabajos de las plantaciones.

La esportación de esclavos se convirtió en privilegio que Carlos V concedió en 1517 á un caballero flamenco, y este vendió á los genoveses. Poco tiempo después, los portugueses abastecieron de esclavos á los establecimientos americanos. En 1702 lo hicieron tambien los franceses, y al fin la Inglaterra se encargó de este cuidado. La compañía que se formó al efecto debía proporcionar cuatro mil ochocientos negros al año, y pagaba al gobierno español ciento ochenta libras de derechos por cabeza de negro.

Las colonias francesas de las Antillas permanecieron mucho tiempo sin trabajadores negros, y merced al sistema de plantadores establecido en ellas, prosperaron de una manera asombrosa. La introducción de la caña de azúcar trastornó aquel orden de cosas, y llegó por lo tanto á sustituir á una población industriosa y trabajadora, otra esclava, difícil de manejar en tiempos tranquilos, y peligrosa en casos de guerra. La fuerte raza de los plantadores aclimatados, cedió el puesto á los colonos embrutecidos por la molice, y llegó el caso de que se acreditara el dicho vulgar de que los blancos no pueden resistir las fatigas del campo en unos climas abrasados por los rayos del sol.

No es nuestro ánimo contradecir de un modo absoluto esta asercion: la riqueza ha ido aumentándose prodigiosamente en las Antillas desde

que en ellas se introdujo la raza africana, y las costumbres de los blancos los han hecho efectivamente muy poco aptos para las faenas agrícolas en aquellas regiones. Debe pues entenderse, que la Inglaterra, por ejemplo, tiene motivos para creer que la esclavitud es un mal para sus colonias, porque su legislación era demasiado tirante: la España, por el contrario, debe el acrecentamiento progresivo de sus posesiones ultramarinas al buen arreglo de sus ingenios y cafetales, á su legislación paternal respecto á la esclavitud, y al esmero incesante con que los propietarios atienden al fomento de sus fincas, valiéndose de esos mismos brazos africanos, que tanto temen los filántropos, y que sin embargo identifican su suerte con la de las propiedades que cultivan.

El grabado que acompaña á estas líneas es una vista campestre de la isla Guadalupe, donde la esclavitud es escasa, y sin embargo se halla sometida á un rigor estremado. De esta isla y de otras semejantes han sacado los pseudo-filántropos plausibles pretextos para declamar contra la esclavitud.

### CRUZADA CONTRA EL TEATRO EN EL SIGLO XVII.

La literatura estaba predestinada á dar, debajo del imperio de Felipe IV, ocasión á los episodios mas notables de su época. De un solo vuelo habia llegado la inteligencia desde las mazmorras de la Inquisición  
7 DE NOVIEMBRE DE 1852.



ción al palacio del Buen-Retiro; pero no fué este su único triunfo, sino que hizo además á los hombres olvidarse de la devoción y de la política, dos pastos tan sabrosos y necesarios al pueblo en los reinados antecedentes.

Esto fué consecuencia natural de la represión en que tuvo al ingenio Felipe II. Su nieto era á par Augusto, Mecenas y Horacio. Con ejemplo tan ilustre se desbordó el torrente y llovieron á España obras de todas clases. El público á las primeras pruebas gustó de las dulzuras de aquella vida nueva para él, como que hería fibras de su corazón hasta entonces desconocidas; y así de paso en paso, de novedad en novedad, llegó á hacerse descontentadizo; no contento con leer quería sentir, y todos los ojos se volvieron al teatro. Grandes eran los poetas, dramático el siglo con extremo, las pasiones vivas, el entusiasmo dominante sobre todas, y vírgenes por último las mas ricas fuentes de poesía dramática.

A esto agréguese que ninguna generacion como aquella ha vivido dominada del deseo de gloria. La del poeta parecia poca á los que la gozaban, y Cervantes y Calderon y Lope y Tirso así volaban á las peñas rudas como á las cumbres del Parnaso.

Quizás este deseo de gloria ocasionó nuestra ruina. Grande llamó el conde-duque á Felipe IV, y ¡Dios sabe cuánto nos costó el empeñarse el rey en serlo y en soñarlo el favorito!

Otra causa, mas y mas poderosa, influyó á nuestro entender en el desarrollo de la literatura dramática.

De todas las del ingenio no hay como las obras teatrales para expresar un pensamiento nutrido en la meditacion y el estudio, una teoría luminosa, un arranque del corazón ó una virtud del alma. El libro hace pensar: el teatro hace sentir. La eleccion no es dudosa: el hombre siente mas que piensa.

Luego, los versos del teatro parecen como dichos dentro de nosotros mismos, que siempre se nos están renovando en la memoria sin que la ayudemos, y con el cuadro de la accion siempre en nuestro interior se están representando. Al recordar el libro, recordamos la naturaleza muerta; al recordar el teatro, la naturaleza viva. ¿Cuán cierto no es que la mayor parte de los hombres se creen capaces de cualquiera accion que vean representada? Con agitarse el espíritu á impulsos de la óptica, la inteligencia crece, las pasiones se agigantan, los sentimientos palpitan, por decirlo así. De tal manera en el teatro nos identificamos con el autor, que no parece sino que él pronuncia un segundo *fait* para infundirnos nueva vida.

Así los triunfos teatrales ejercen sobre los poetas un maravilloso influjo.

Una frase oportuna, mordaz, sutil ó satírica, un pensamiento profundo, una gran sentencia escrita ayer en el silencio del gabinete, enterrada en la mezquina tumba del cerebro que la engendró, mortal como el de los otros hombres, repetida mañana por un comediante al numeroso concurso, escucha de mil bocas el —levántate, Lázaro,— y repetida, admirada, comentada de mil maneras, cae por último como carga dulce en la inteligencia y en la memoria de todo un pueblo, que en vez de la tumba en que el autor la tenia, le da el mundo por palacio, y por ambiente vital las auras de la gloria.

Un hombre desconocido antes de alzarse el telon, es á la media noche el idolo de todo un pueblo.

En el siglo de Felipe IV el hombre que hacia buenas comedias, el hombre que se llamaba Calderon, Lope de Vega, Alarcon, Tirso, Rojas ó Moreto, era igual al rey, que hacia tambien comedias, superior al amo del rey, conde-duque de Olivares, que intentó hacerlas muy malas, y rey y amo de todos los señores de la corte, que no las hacian.

Los frailes, con su ojo avizor y claro, comprendieron que por aquella puerta iba á entrar al pueblo la civilizacion y la cultura. Las conciencias sacudirian su tiránico yugo; las bocas envalentonadas les darian en rostro con sus defectos, y determinaron de ahogar la verdad, próxima á nacer á la sombra de las bambalinas.

¡Visionarios! Cuando al templo fabricado por la ignorancia, cimentado en la esclavitud, aplican el saber y la razon, su poderoso ariete, no hay duda de que caerá en escombros.

Cerrad el teatro á Lope de Vega, y aunque escriba historias de santos, siempre será Lope de Vega, es decir, la primera maza de aquella falange que vino á pulverizar las cadenas del error.

Cerrad el teatro á Calderon, y aunque escriba romances, siempre será aquel filósofo del *Astrólogo fingido* y de *La vida es sueño*, aquel filósofo que comprendia á Dios al revés de Espinosa y de los frailes.

Cerrad el teatro á Alarcon, y aunque escriba solamente memorias de su triste vida, siempre dará al mundo el admirable ejemplo de un poeta casi democrata, bajo del dominio de un rey último sostenedor de los sueños de monarquía universal.

Antes del siglo XVII habian atentado los papas y los reyes á la existencia del teatro. Felipe II lo cerró por pecaminoso; pero hasta el siglo que nos ocupa la cruzada no tuvo sus Buillones y sus Tassos.

No eran libros ni folletos, eran libelos los de los frailes, y no con-

tra el teatro solamente, sino contra toda la sociedad. Mal andaba el histrionismo, ó sea la gente cómica, mucho mas que hoy, aunque parezca exageracion; pero á fé que en desvergüenza, en atrevimiento y en desenfreno, no calzarian tantos puntos cuando no contestaron á sus reverencias en cierto lenguaje sin palabras.

Al leer las acusaciones de aquellos teólogos ridiculos, de aquellos torpes casuistas, viendo que caminaban á ciegas, sin herir nunca en el corazón, sin acertar al flaco verdadero del enemigo, se reconoce palpablemente lo malo de la causa que defendian. Esto sin tener en cuenta que como vencidos del influjo del fanatismo, y no del convencimiento, nunca juntaban al consejo el ejemplar. Cuéntase de los frailes de San Felipe, el famoso de las gradas y covachuelas, que es hoy la casa de Cordero, cuéntase que en su sacristía, con las ropas del convento y acaso con muebles benditos, construian una forma de teatro á lo Lope de Rueda, adonde iban los cómicos del Príncipe ó de la Cruz á divertirlos amenudo. Y cierta vez que un truhan redomado les cobró una funcion sin ejecutarla, acudieron al Consejo de Castilla, poniendo sus influencias y su poder subterráneo en órden de batalla, como si se tratara de arrancar al pontífice la bula de *In cena Domini*.

Cuántos desórdenes ocasionaria esta costumbre, se comprende á primera vista, y con recordar que el devoto Felipe III la prohibió al principio de su reinado, y que su mismo hijo el galante Felipe IV tuvo que segundar la prohibicion, porque los viciosos caballeros de su corte se introducian á las comedias de los conventos con manifesto escándalo y profanacion.

Así en sus insuportables libelos pudieron pintar los frailes tan á lo vivo los ademanes hujuriosos, las pláticas de amor, los meneos deshonestos, las citas pecaminosas. ¡Pintaban *d'opres nature*!

En buen hora quemasen los annales de nuestro país para que no viésemos en los siglos XIV, XV y XVI, llenos los conventos de monjas de histriones y de histrionisas, de saltadores y de saltadoras (1), representándoles escenas chocarreras, bailando pasos obscenos, hasta que por toda reforma se ordenó que solamente se admitiesen compañías de hombres, y que pudieran disfrazarse de mugeres los *menos barbados*. En buen hora, repetimos, para aquella generacion que no conocia á Mariana, porque acababa de morir, se borrara esto y mucho mas de la historia; pero ¿cómo habian de atacar victoriosamente al teatro los mismos que henchian diariamente los corrales de Madrid? ¿No podian contestar la Cruz y el Príncipe á las excomuniones de los púlpitos y á las injurias de los libelos?

«...en los aposentos se colocaban los grandes, en los *desvanes* ó tertulia los cortesanos y religiosos, en la *cozuela* las mugeres, y en las gradas y en el patio el pueblo.»—(Pellicer, *Historia del Histrionismo*, parte I.)

«Senos, retretes, retiros,  
se inundaron de muger,  
de hombre y fraile... ¡fraile digo?  
llenose todo con él.»

(D. Antonio de Mendoza, *Obras líricas y cómicas*.)

«...concurren sacerdotes eminentísimos y virtuosos.»—(El Padre Camargo, de la Compañía de Jesús, *Contra las comedias*, Madrid, 1689.)

Este mismo autor asegura que el dinero que se da á los cómicos ocasiona casi pecado mortal. Devotos, muy devotos eran los de la Virgen de la Novena; pero nos parece cosa imposible que dejasen á los reverendos asistir al teatro *gratis et amore*. Y si algun dinero no debe nunca de emplearse en fiestas mundanas, es sin asomo de duda, el de los servidores de la Iglesia.

Folletos iban, folletos venian; pero el público, poniéndose como siempre en la razon, no les hizo caso y se parecia por las comedias. Entonces la ira se volvió contra los autores. Lope de Vega, como el mas fecundo, fué el que salió peor librado de esta insufrible cencerrada. Ni el privilegio de hermandad, ni el ser freire de San Juan, le valia. A excomunion por comedia, cuando menos, salió el pobre Fénix de los ingenios, y hasta hubo quien por cada una le aseguró tantos ó cuantos tizonazos allá en los dominios de Lucifer. Miren los lectores que habiendo escrito mas de mil estará divertido á estas horas el buen Lope de Vega.

Tomó á su vez el público la revancha, teniendo á los poetas por semidioses, y no llamando discreto al galán que no componia trovas. A la mañana siguiente del estreno de una comedia el portal de la casa del autor aparecia lleno de letreros: ¡Vitor al poeta! ¡vitor! ¡vitor! (costumbre amable que sentimos ver desterrada en nuestros dias), y hasta por las calles los asediaba el pueblo, mostrándoselos con veneracion unos á otros.

(1) Especie mista, juglar y titiritero, cuyo arte consistia en el baile, la mímica y tal vez el canto.—Que era gente perdida no hay que decirlo.



Con esto creció imponderablemente la furia de los frailes. No tan solo se iban desoyendo sus voces, sino que se ensalzaba lo que ellos escarnecían. Recurrieron á toda clase de extremos, pero en vano: habían llegado tarde. Desde Miguel de Cervantes hasta la guerra literaria había pasado medio siglo: el tiempo suficiente para que el pueblo aprendiera á reírse de los frailes que huían del loco de D. Quijote. En España, del reír al despreciar hay solo un paso.

Un suceso inesperado les vino á dar la victoria. Muerta Isabel de Borbon, disgustado el rey, ó queriendo poner término á aquella escandalosa guerra, cerró los corrales de Madrid en 1644. Cuánto sería el júbilo imposible es ponderarlo. Baste decir que algunos obispos, en particular el de Sevilla, los habían cerrado ya en sus respectivas diócesis.

Las innumerables personas y cofradías que se sustentaban del ejercicio histriónico representaron al rey los perjuicios que sufrían, y con acuerdo de varios teólogos respetables se levantó la prohibición en 1650.

Los frailes con esto tornaron á su cruzada, como perseverantes que son y testarudos. Esta segunda sobrepujo á la primera; pero partiendo de gentes tan atrasadas en la estrategia del entendimiento, ¡cuánto no es hoy ridícula y despreciable á los ojos del observador! En aquellos libros que vomitaban los conventos, ni una alta idea filosófica, ni una sola razón de verdadera alarma para los hombres piadosos ó morales. Todo era vanidad, toda palabrería, todo silogismos vulgares y ridículos. Que en las comedias había amores, y citas, y emboscadas, y duelos, y muertes, y engaños, y artificios... Como si en esto diera el teatro el ejemplo en vez de tomarlo. Desatáranse en buen hora contra la sociedad, que no contra el espejo en que se mira. Pero ¿cómo lo habían de hacer cuando ellos eran la sociedad?...

Muy contados fueron los escritores que acertaron á poner el dedo en la llaga, y esos tan ligeramente que bien se conoce cuánto los cegaba su fanatismo. Los autos sacramentales, ridículos, nefandos, antireligiosos, como que ponían en tela de discusión los mas altos misterios, y discusión por lo comun vulgar y chocarrera, para los buenos eclesiásticos eran efectivamente merecedores de censura; pero como los autos habían nacido y crecido á la sombra de los conventos, atacándolos, ¿no caían en contradicción palpable?

Los ingenios desdeñaron la defensa cuerda y convencidos de que la intrínseca bondad de la institución la salvaría, y así fué con efecto. Otra cosa iban á alcanzar con esto: que de los mismos frailes saliesen sus defensores. Fray Gaspar de Villarroel, el padre Porée, Antonio de Nebrija, el obispo de Albarracín, D. Francisco Cueva y Silva, jurisconsulto célebre en aquellos tiempos, fueron los mas notables.

Restáanos dar alguna muestra de aquellos libros estrafalarios. El padre José Camargo, citado ya, publicó en 1689, es decir, cuando iba pasada la lucha, un folleto en cuarto, de cien páginas, contra las comedias. Recopilación de todo lo bueno publicado hasta entonces, y predicador del padre de algun mérito, parece natural que fuera su obra digna de leerse; pero no aconsejaremos al lector ni el intento siquiera. Bástele con el trozo siguiente:

«Pero que las comedias de ahora sean torpes y lascivas, y como tales, ocasión de innumerables pecados, cuando quisieran negarlo sus defensores, lo están á voces publicando los efectos claros y públicos que se ven en todas partes. Y sino, pregunto: ¿qué es lo que pasa al entrar y salir la gente moza del patio, cerca del tablado y en el vestuario mismo? ¿De qué son las conversaciones al salir de la comedia? Si fulana tiene buen garbo; si fulano tiene buen gusto en comunicarla (comunicar, cortejar y ainda mais), si baila, si canta bien, si es mas hermosa que fulana, etc., y otras cosas peores, que esplican bien los pensamientos que han tenido en la comedia. ¿Qué escándalos no se ven en todas las repúblicas, donde entra por su desgracia una de estas diabólicas compañías, que es como si entrara una legión de demonios, y peor mil veces que si pusieran á la ciudad fuego por todas las cuatro partes?» (Pág. 75.)

Mas lástima que risa inspira un escritor atacando con tan despreciables armas.

Y no podía suceder otra cosa. Buenísima y saludable la institución en el fondo, solamente los excesos de los comediantes pudieran en un punto rebajarla, pero desacreditarla nunca. No ya en el padre Camargo, que era un bendito de Dios nacido para servirle, que no para embadurnar papel, en los escritores mas notables que por sistema ó espíritu de partido se dejaron arrastrar de esta manía, se advierte que solo topan con argumentos vulgares y ridículos, como quien predica en vano y lo conoce ó lo presiente. El venerable Crespi, uno de los mas juiciosos y concienzudos, asegura que cierto mancebo no pudo gozar á una doncella muy honrada, hasta que con darla á leer un libro de comedias la puso blanda como un guante.

Ya hemos visto cómo trataban al público y á los comediantes. Los poetas no salían mejor librados:

«Un autor de novelas y un poeta cómico es un público emponzoñador, no de los cuerpos, sino de las almas, el cual debe considerarse como reo de una infinidad de homicidios espirituales.»

Mas adelante trae el mismo escritor de quien copiamos este párrafo, otro que se le aventaja en lo razonable:

«Cuanto mas procura (el poeta) correr el velo de la honestidad sobre las pasiones amorosas y delincuentes que pinta y describe, mas peligrosas las hace.»

¿Conocían el corazón humano aquellos teólogos?

Bien que ellos no debían de tenerlo, pues llegaron á disentir gravemente si los cómicos podían dar limosna, y á resolver que no, tras mil sofismas, así como que caía en pecado mortal el que á su vez les diese dinero. Otra contradicción de á folio. ¿No se lo daban ellos por trabajar en sus sacristías?

Esta cruzada insufrible, sobre retrasar la instrucción y moralización del pueblo, acarrió á la literatura graves perjuicios, como el de las comedias de santos, únicas que permitía escribir en sus últimos tiempos Felipe IV, que dieron ocasión con sus milagros y sus portentos á las innumerables de magia que en todo el siglo siguiente se apoderaron de la escena española. Y ni por esas desmayaba el furor de sus enemigos, que hasta la misma época que acabamos de citar duraron sus ataques, viniendo á hacer causa comun con otra guerra no menos digna, conocida en la historia literaria por los *polacos*, *chorizos* y *panduros*.

¿Cosa particular! Quién creerán nuestros lectores que era jefe de uno de estos bandos? Nada menos que el padre Polaco, trinitario descalzo, defensor acérrimo de los cómicos y cómicas del teatro de la Cruz.

Otro fraile andaba en este negocio que no le iba en zaga, aunque sin ser polaco, ni chorizo, ni panduro. Llamábase Marco Ocaña, y llevó muchas veces el escándalo hasta trabar desde su asiento con los actores y las actrices pláticas deshonestas y chistosas, y remedarlos y tirarles grajea.

Para conocer mas á fondo este epílogo edificante de la cruzada contra el teatro, puede recurrir el lector al discurso preliminar que puso á sus comedias D. Leandro Fernandez de Moratin.

En resumen, sobre tres mil libelos se publicaron, segun nuestros cálculos, en solo medio siglo. Que ninguno vale la pena de leerse por sabido se calla. Sobre ser en el fondo ridículos y torpes, en la forma no dejan nada que desear. Para que no se nos crea bajo palabra hemos tenido la paciencia sin igual, que no tuvo tanta Job, de ir extrayendo las citas y los autores que embellecen y autorizan el del padre Camargo. Vuelvan nuestros lectores los ojos á esa invencible armada, y ya creerán que humanamente podían ser buenos aquellos libros. Mucho se critica á los que en la actualidad pecan de este defecto; pero á fé que pasar revista de comisario en solas cien páginas de letras como puños, á ciento cuarenta y cuatro autores de todos géneros, razas y raleas, desde los antdiluvianos hasta los conocidamente fabulosos, sin cuarenta y cuatro mas anónimos, que se omiten por abreviar el discurso, es cosa que desde los frailes de antaño no se ha visto ni se volverá á ver, á Dios gracias.

Empieza el autor citándose á sí mismo, y á muchos sermones que tiene predicados en Madrid contra las comedias. El principio promete. Siguen en orden de batalla:

Tertuliano.	El Emmo. é Illmo. señor D. Luis Crespi.
S. Gerónimo.	
S. Pablo.	El Illmo. señor D. Diego de Guzman ( <i>Patriarca de las Indias</i> ).
El padre Tomás Sanchez.	D. Francisco Ramos del Manzano.
Menochio.	D. Francisco María del Monaco.
Alciato.	El doctor Valle de Moura.
El doctor Navarro.	El padre Angelo Bossio.
El padre Juan de Mariana.	Fray José de Jesús María.
El padre Pedro Hurtado de Mendoza.	El padre César Franciotti.
El padre Theófilo Raynaudo.	El padre Gerónimo Florentino.
El padre Pedro de Guzman.	El padre Mendoza de S. Agustín.
Diego Ruiz de Montoya.	Araujo.
El padre Eusebio.	Amaya.
J. Bautista Comitollo.	El padre Rojas.
El doctor F. de Rivera.	Sto. Tomás.
El padre Pedro de Rivadeneyra.	S. Antonio.
El padre Luis Celotio.	S. Cayetano.
El padre Juan Dominico Otonelio.	Thomás Hurtado.
El padre Adamo Contzen.	Silvestre.
El padre Julio Mazarino.	S. Antonino.



Diana.  
Baldello.  
Bonacina.  
Busembaum.  
Seis autores no nombrados en gracia de la brevedad.  
Treinta y ocho idem, idem, entre teólogos y jurisconsultos (palabras testuales).  
Figueroa.  
Jacobo de Gralllis.  
Gelio Zecho.  
Marcelo Megala.  
Fray Diego de Tapia.  
El padre Casano.  
Valero.  
El padre Luis de Torres.  
El padre José de Tamayo.  
Fray Antonio de Arce.  
Fray Alonso de Rivera.  
Celada.  
El padre Arias.  
Fray Juan de los Angeles.  
Fray Juan de Crinita.  
D. Diego de Saavedra.  
D. Matías de Gaguez.  
S. Ambrosio.  
David.  
S. Juan Crisóstomo.  
Clemente Alejandrino.  
S. Gerónimo.  
Sara.  
El Eclesiástico.  
El Libro de los Proverbios.  
El Derecho canónico.  
S. Epifanio.  
Fabro.  
Valerio Máximo.  
Sempronio Sopho.  
S. Cipriano.  
Tacio.  
S. Justino.  
Minucio Félix.  
S. Gregorio Nacianzeno.  
S. Cirilo.  
Paulo Orosio.  
S. Isidoro Pelusiota.  
Salviano.  
S. Bernardo.  
Olimpiodoro.  
El Albulense.  
S. Carlos Borromeo.  
Aristides.  
Aristóteles.  
Homero.  
Séneca.  
Celio Rodigino.  
Ciceron.  
Escipion.  
Plutarco.  
Tiberio.  
Domiciano.  
Neron.  
Suetonio.  
Cornelio Tácito.  
Valerio Máximo.  
Alejandro de Alejandro.  
Jusio Lipsio.  
Luis Vives.  
Plauto.  
Afranio.  
Terencio.  
Meliso.  
Lactancio.  
Ovidio.  
Demóstenes.  
Casiodoro.  
S. Basilio.  
S. Anselmo.  
Job.  
S. Gregorio Magno.  
S. Bernardo.  
Apuleyo.  
Hugo de Sto. Victore.  
Juvenal.  
El Deuteronomio.  
Filon Judio.  
S. Antonino.  
Angelus.  
Tabiena.  
Armilla.  
Heffels.  
El padre Azor.  
Basiliano.  
Salviano.  
Jeremias.  
Kempis.  
Petrarca.  
Propercio.  
Enrique Suson.  
Espondano.  
Cantimprato.  
Dionisio Cartusiano.  
Fray Diego de Yepes.  
Pompeyo.  
Plinio.

De los que no son escritores se citan palabras ó hechos; y de los que lo son, algunos están citados mas de diez veces.

Olvidábasenos advertir que tambien incluye en la cuenta el padre Camargo una obra que estaba escribiendo á la sazón un fraile amigo suyo.

Aunque el público, como ya dijimos, se reia de los furibundos ataques de sus reverencias, en Córdoba, Sevilla y Toledo, ciudades cuyos obispos tomaron en la lucha una parte muy activa, existen todavía familias que de generacion en generacion se han trasmitido la costumbre de no asistir al teatro.

En cambio, de casi todos esos innumerables señores, muy conocidos en sus conventos, incluso el padre Camargo, la posteridad no se acuerda sino para volverse á reir, mientras Calderon y Lope están en la memoria y en los labios de todo el mundo. ¿Es justa la justicia de los pueblos?

VICENTE BARRANTES.

### CASTILLO DE DIEPPE, departamento del Sena-Inferior.

Este castillo; testigo de tantos sitios y combates, está situado casi en la cumbre de la costa del Oeste, sobre la cual se eleva de ban- cal en ban- cal, y desde donde domina á la vez el valle, la ciudad y la

mar. Se atribuye su construccion á Carlos VII, que le mandó edificar hácia el fin del siglo XV. Está provisto de altas murallas y de torreones en los ángulos. «Es este monumento, dice uno de los historiadores de la ciudad de Dieppe, de un plano original, de un estilo caprichoso, que ofrece en la elevacion de sus torres, en los perfiles de sus murallas,



(Castillo de Dieppe.)

en la austeridad imponente de su entrada, en sus vistas sobre la mar, una variedad singular de escenas graves que traen á la memoria recuerdos de esclavitud y de gloria á la vez. Semejante á tantas otras fortalezas elevadas por la mano de los hombres, ha servido indistintamente para defenderlos y para oprimirlos.»

El siguiente artículo es el único que por desgracia nos ha legado su autor, jóven de mucho mérito cuyo trágico fin recordarán tal vez algunos lectores. Al reproducirlo hoy en la misma ocasion en que él lo escribió, pocos meses antes de su suicidio, creemos hacerles un obsequio, y dar á la memoria de nuestro amigo el triste aplauso que se debe al genio muerto en flor.

### UN RECUERDO A LOS DIFUNTOS.

¡Morir!... ¡sepulcro!...  
no entiendo estas palabras.

GOETHE.

Era el día de difuntos de 1850. Las gentes invadían las calles de la capital en direccion á los cementerios, y yo me hallaba en mi cuarto, abatido y triste, acordándome de Figaro... ¡Madrid es el cementerio!

Figurábaseme estar encerrado en un nicho, envuelto en un sudario, inmóvil y helado como un cadáver; el corazón sin latidos y la cabeza sin ideas.

Repasaba en mi memoria los nombres de los que ya no son, de los que pasaron por la tierra esparciendo luz... ¡LARRA! ¡ESPRONCEDA! ¡tantos otros!... ¡sombras queridas! ¿por qué os desvanecisteis? ¿por qué huisteis tan pronto de la presencia de los que os amaban? ¡Ah! No podían vivir ellos entre nosotros, no; este suelo es estéril, esta atmósfera está emponzoñada, este sol no calienta, este aire no vivifica; aquí todas las plantas se marchitan, todos los árboles se mueren, todas las flores las deshoja el viento...

¡Dichosos los que tuvieron la suerte de morir... y morir después de haber vivido! Nosotros ahora ni vivimos ni morimos. Desaparecemos de la tierra y para nosotros no habrá flores, no habrá coronas, ni un recuerdo, ni una hoja de laurel!

Contemplaba desde mi ventana la caída del sol... ¡Un día mas! ¡Un día menos!...

De repente un relámpago ofuscó mis ojos.—Ven, sígueme,—me dijo una voz: volvíme á todos lados y no vi á nadie... un confuso resplandor me cegaba la vista.—Ven,—repitió la voz, y una mano invisible tomó la mía arrastrándome hácia sí: su contacto me dejó helado. Pero á poco sentí hervir de nuevo la sangre dentro de mis venas, mi espíritu recobró el valor, mi corazón volvió á latir con mas impulso. Jamás había sentido tanta vida dentro de mí.

—Vamos á visitar á los difuntos, me dijo la voz. La seguí.

Llegamos á un cementerio, donde no había como en los demás nichos ni paredes, puertas ni cerrojos; estaba al aire libre, sobre lo alto de una colina. Las gentes no habían acudido á profanarle, y ningún ruido humano resonaba en su recinto; solo el viento movía de vez en



cuando tristemente las copas de los cipreses y las ramas caídas de los sauces.

El sol bañaba con sus últimos rayos la altura de la colina.

Entré. Por todas partes se hollaban flores, por todas partes se veían coronas de laurel. Allí se respiraba de otra manera. Aquel aire tenía un sabor celestial que encantaba los sentidos. La luz hería mas vivamente la pupila. La tierra parecía como que levantaba en alto al que la pisaba.

—Este es el cementerio de la gloria, dijo la voz del invisible genio que me servía de guía.

Me detuve: mi planta se resistió á profanar aquel lugar sagrado.

¡Gloria!... ¡cementerio! ¡Dos palabras! ¡La vida y la muerte! No sé lo que pasó por mí. Caí de rodillas y toqué la tierra con la frente: creía estar en el cielo al lado de los justos. El tiempo que pasó en este delirio celestial no tuvo antes ni después; se parecía á la eternidad. —¡Levántate! dijo la voz con un acento nunca oído entre los mortales.

Me levanté. La voz sonaba de lo alto; alcé mis ojos, pero no vi mas que el cielo sobre mi cabeza: un cielo azul, mas próximo que el de la tierra, sin la mas leve nube que le empañase, puro como el de la mañana del mundo, rodeándome por todas partes como una atmósfera de gloria... A través del azul que me bañaba, divisé objetos que tenían algo de aéreo, cipreses cuyas copas se perdían en el infinito; sauces que besaban la tierra con sus ramas; todo aparecía á mi vista distinto de lo del mundo. El ruido que hacían las hojas de aquellos árboles se asemejaba á un concierto célico, no producido con sonidos materiales, sino dimanado del soplo de los espíritus.

Allí se veían siete sepulcros, rodeados cada uno de una aureola celeste, tres á cada lado y uno en el centro. Los cuatro que estaban en los ángulos, y el de en medio, eran de mármol blanco; de los otros dos, el uno era de mármol negro y el otro estaba cubierto con un crespon oscuro.

—Escucha, me dijo la voz.—Miré hacia el cielo y escuché.

—Yo soy la gloria: tú no me verás. No te canses; el que se afana en buscarme, ese no me encuentra.

Calló un momento. Dos torrentes de lágrimas se deslizaron de mis ojos; pero no eran lágrimas de envidia, eran de ambición. Me serené, enjugué mis mejillas, y me resigné á mi destino.

—No flores; tú no has visto mas que mis coronas de rosas y no mis coronas de espinas. La gloria es el martirio. ¡Mártires! ¡eso y no mas son los genios de la tierra! Mira: ahí tienes siete sepulcros... ¡siete mártires!

Volví á llorar. Mis lágrimas caían al suelo y se resolvían en una especie de vapor que se parecía al incienso que se tributa en los altares.

—¡Siete mártires!... ¡siete poetas! ¡Hijos de España! Escucha.

Era una mañana hermosa, mañana de primavera... El cielo estaba puro, brillaba un sol de oro, la yerba se alzaba coronada de rocío. En un rincón del mundo nacieron siete flores... La una era una rosa temprana, erguida sobre su tallo; creció á los rayos del sol, pero vino el viento Norte y la deshojó. La otra era un tulipán de vívidos colores, que se alzaba orgulloso como un rey entre sus vasallos... Por la tarde hubo tempestad y le abrasó un rayo!... La otra era un girasol, ávido de luz y amante de los soles... A la mañana siguiente tardó en amanecer; el día apareció nublado, el sol no salió, y el girasol dió mil vueltas... ¡y se murió! La otra era una violeta de suavísimos olores; una mano la trasplantó á otros climas, y la violeta se agostó porque no la alumbraba el sol de su país!... La otra era una adelfa amarga y brillante que murió consumida por su propio veneno. La otra era un clavel pomposo y encendido, envidia de las flores, que pereció ajado entre las manos de una hermosa... La otra era una siempreviva, que nació antes que las demás flores, que las vió á todas crecer, brillar y deshojarse, y llena de años se inclinó sobre su tallo y se murió de pena.

¡Las siete flores! ¡los siete poetas! ¡Ven! ¡tú los amas! ¡tu corazón guarda un recuerdo para ellos! ¡tus ojos tienen lágrimas y tus labios suspiros! ¡Ven! ¡ven á derramar una lágrima sobre la tumba de los muertos!

Llegué al primer sepulcro.

—¿Quién eres? dijo la voz.

—Soy un poeta, respondió otra voz desde el fondo de la tumba.

Caí de rodillas lleno de pavor.

—Nací lejos de aquí, bajo el cielo de América. La tierra me pareció hermosa, el mundo me pareció bello; amé al sol, al agua y á las flores... Mi alma era ardiente como el sol de mi país...

Me senté al borde de la catarata del Niágara... Vi rodar á mis plantas los torrentes, y me hallé en el desierto frente á frente con la tempestad.

Trepé hasta la cumbre de las montañas; escondí mi cabeza entre las nubes y oí retumbar el trueno junto á mí.

En un caballo atravesé el desierto.

Montado sobre el lomo del generoso alazan, cruzaba llanuras, llanuras y mas llanuras, y devoraba el espacio.

Gustábame oír la voz de los arroyos y de las palmas; conversaba con los vientos y las brisas de mi país; mi cielo era todo el espacio que alcanzaba mi vista; mi tierra era el abismo donde se precipitan los torrentes.

Yo era hijo del sol de América... Me faltó mi padre y me hallé huérfano en el mundo, sin luz y sin calor.

Vi otras tierras, otros climas, otros soles, otros bosques, otras llanuras; pero aquellas tierras no eran las de mi país.

Aquel sol era pálido; podía mirarse frente á frente. Sus rayos no calentaban: allí hacia *frio!*

Aquellos bosques eran pequeños; aquellos árboles no tenían copas, aquellas hojas estaban secas, aquellos torrentes eran arroyos, aquellos suelos no brotaban yerba.

Aquellas llanuras eran estériles, aquel cielo era plomizo, aquellos vientos eran helados; ¡allí hacia *frio!*

Me acordaba del sol de mi país, y me devoraba la melancolía.

Como planta de otro clima que se marchita en una huerta abrasada por las escarchas, así me marchitaba yo.

Recordé mi América, y me morí.

—¡Pobre HEREDIA!... Tú no debías vivir mucho tiempo en este mundo... Tu aliento necesitaba mas aire que el que aquí se respira, tus ojos necesitaban mas espacio que el que desde aquí se abarca, tus oídos habían menester mas ruido que el que se oye aquí; ¡tu alma no cabía dentro de tu cráneo!

Tú en la tierra no hubieras podido vivir, sino como vive el viento, libre, vagaroso, ligero; como viven las águilas, sublimes, altaneras; como viven los torrentes, impetuosos, despeñados; como viven las nubes, aéreas, fantásticas y majestuosas.

Derramé flores sobre la tumba de HEREDIA, y me aproximé al otro sepulcro que estaba cubierto con un crespon fúnebre. Allí no había flores como en el sepulcro de HEREDIA; en vez de una corona de laurel, se veía en el suelo una corona de barro hecha pedazos.

—Yo soy un mulato... Debiera haber nacido rey y nací esclavo.

La lira del poeta no era bastante para mí; necesitaba un cetro en vez de una lira, y una corona de oro en vez de una corona de laurel.

Cuando fui poeta, no canté á las flores, á los pájaros ni á las selvas de mi país; canté á los señores, á los príncipes, á los reyes y á los palacios de los monarcas.

Del polvo en que nací fabriqué una corona.

Corona de barro, yo la estimaba en mas que si fuera hecha de pedrería.

Soñé con Alejandro, soñé con César, soñé con Napoleon.

Soñé ejércitos prontos á obedecerme; soldados que me seguían á la victoria y un pueblo que me aplaudía.

Un día me puse en la cabeza mi corona de barro, desenvainé mi espada, y llamé á mi ejército.

Yo tenía una madre que me adoraba; me había suplicado mil veces que no me lanzase á la guerra; y también la amaba yo, pero no la hice caso.

Se dió la batalla y caí prisionero.

El trono que había soñado, se convirtió en cadalso.

Sali al lugar de mi suplicio con mi corona de barro en la cabeza y mi majestad de rey.

Un momento antes de morir, me acordé de que era poeta; pedí mi lira, y canté á Dios y á mi madre.

En seguida, como un rey enojado que se presenta á su pueblo, me adelanté impávido y presenté mi pecho á los fusiles homicidas.

Tenia en mi cabeza un mundo por dentro, y por fuera una corona de barro. Sonó la descarga, y la corona de barro cayó hecha pedazos; mas el mundo no se quebró; ¡mi mundo es eterno!

Nací pequeño; ¡pero morí grande!

Calló la gloria. Yo derramé una lágrima sobre la tumba de PLÁCIDO, y sentí mi corazón oprimido de dolor.

El otro sepulcro era blanco, como la vestidura de una virgen. Estaba recamado de perlas que brillaban á los rayos del sol. Una voz suave como un suspiro salía de lo profundo del sepulcro.

—¡Ay, yo era un pobre loco! El mundo lo dice así.

Porque buscaba flores para hacer guirnaldas, y soles para coronar la cabeza de mi hermosa.

Porque soñaba un alcázar de pedrería con columnas de pórfido y chapiteles de ágata, las puertas de diamante, y las paredes de jaspe, un palacio de pompa oriental para vivir con mi hermosa como un sultán con su sultana.

Yo miré al sol, y me pareció pequeño. Creí que el mundo necesitaba mas soles y mas lunas; que las estrellas no eran bastantes, que la luz no resplandecía, y que las sombras eran tinieblas, que el día era pálido y la noche oscura.

Miré á la tierra, y me pareció árida. No había flores como las que



yo creaba; no había palmeras como las que yo necesitaba; no había arroyos como los que yo quería; no había fuentes como las que yo soñé; no había prados como los que yo imaginaba. No era un paraíso como yo la creí.

Y sin embargo amaba al sol, y me dormía en los valles á la orilla de los arroyos, y pasaba las noches á la luna bajo una palmera mirando á las estrellas. Y cruzaba los prados buscando flores para hacer una guirnalda.

¡Y morí como Ofelia recogiendo flores!

—¡ÁNGELAS! murmuró la brisa.

Sobre esta tumba no derramé lágrimas. Besé el blanco mármol, y le cubrí de rosas. Creí estar al pie de la tumba de un niño: llegué á sentir envidia.

Otro sepulcro.

—Yo nací triste y melancólico.

Vagaba entre las nieblas como un espíritu de la noche.

Jamás el resplandor del sol me ha sido grato; su luz ofendía mi pupila: la luna ha sido mi única compañera.

Cuando estaba solo, lloraba sin saber por qué: las lágrimas de mi corazón eran dulces como la sonrisa de una amada.

Mi lira era mi consuelo, pero tuve que arrinconarla, ¡y abandonar mis amigos!

En un país lejano, el país de los trovadores, el país de las leyendas románticas y tristes, el país de las nieblas, veía poco á poco agostarse mi vida como una flor sin savia trasplantada de otro terreno...

¡Y volvía los ojos hacia mi España! ¡hacia donde estaban mis amigos! y decía: ¿cuándo los volveré á ver?

Y oí una voz que me respondía: ¡Después de la muerte!

Y me morí.

Dejé flores y lágrimas sobre la tumba de ENRIQUE GIL, y me dirigí al sepulcro inmediato, que era de mármol negro. Sin saber por qué, iba temblando.

—¡La tumba negra! ¡La tumba negra! dijo la voz de lo alto.—  
Acércate.

—Yo era joven y tenía esperanza. Quería ser poeta; pero el hálito del siglo heló mi cabeza y mi corazón.

Empecé á tratar con los hombres, y en todas partes hallé falsía, mentira, vanidad, adulación, lisonja, flaqueza, orgullo, egoísmo, mengua y oprobio. Traté también á las mugeres, y me convencí de aquella profunda observación de una comedia antigua:

«La peor gente del mundo,  
somos hombres y mugeres.»

El tedio se apoderó de mí. No pude llevar con paciencia el espectáculo de tantas miserias: mojé mi pluma en hiel, y escribí contra los vicios de los hombres. Pero los hombres se reían con mis escritos, y hacían tanto caso de mis reprensiones como del agua que llueve. Decían que tenían chiste. Y lo que había de servir para corregirlos, servía únicamente para divertirlos.

Me cansé de escribir. Ya no tenía ambición; lo había perdido todo, y estaba de sobra en el mundo. Meses enteros abrigué la idea del suicidio. Me gozaba en ella como en mi único placer, y un mañana fatídico, escrito sobre una caja que tenía encima de mi mesa, era la única esperanza que me restaba ya sobre la tierra. Los hombres seguían riéndose de mis chistes.

Una tarde salí á la calle. Era el día de difuntos de 1836. Madrid me pareció un cementerio; cada casa un nicho; cada letrero un epitafio; cada hombre un cadáver... y los hombres se reían con mis ocurrencias.

A los pocos días me levanté la tapa de los sesos.

¿Queréis saber lo que se encierra en este sepulcro? Es muy sencillo:

¡Aquí yace la esperanza!

Palidecí ante la tumba de FIGARO; me hincé de rodillas, y murmuré una oración.

—Que Dios perdone á los desdichados! dijo la gloria.

Con lágrimas en los ojos y luto en el alma, seguí adelante.

Era un sepulcro ornado de laurel. Sobre él inclinaba un sauce su ramaje; guirnalda de flores adornaban sus mármoles; á su pie se veía una lira coronada de rosas, y el sol bañaba con su último rayo la lira, el sauce y el sepulcro.

La brisa jugueteaba con las cuerdas de la lira; el viento agitaba con tristeza las ramas del sauce... Una armonía, parecida á los conciertos celestes, resonaba en derredor de la tumba.

Vi una sombra blanca, como una silfa solitaria, que se mecía dulcemente sobre aquel sepulcro: parecía un recuerdo de gloria sobre una frente joven.

Me acerqué sereno á la tumba del poeta.

—Yo no he muerto, dijo una voz dulcísima; vivo en el suspiro de

la brisa, en el murmullo del arroyo, en el canto del ruiseñor, en el sonido del torrente, en el trueno de la tempestad.

Mi vida es la armonía; donde suena armonía, allí estoy yo.

Nací hombre, en vez de nacer dios.

Imagué la vida hermosa; soñé amores, triunfos y riquezas, imágenes de gloria y coronas de oro y laurel, viento sobre mi frente y rayos sobre mi cabeza.

Miré al cielo, y quise parar el sol en medio de su carrera.

Vi una muger y amé.

Yo había nacido para amar, pero no como se ama en este mundo; el amor del mundo no me satisfacía.

Pasaron ante mis ojos cien mugeres; la una era blanca y rubia, y su sonrisa parecía á la sonrisa de un ángel; la otra era pálida como un recuerdo de la infancia; la otra era dulce y triste, y su voz amorosa como la de la tórtola; la otra era altiva, pero bella; la otra era el espíritu de los amores encerrado en un cuerpo de barro.

¡Todo polvo!

Yo anhelaba amor, pero no le encontraba; quería deleite, pero deleite como no le hay en el mundo. Y sin embargo agoté la copa, y me bebí hasta las heces.

Mi alma murió para el placer; pero mi corazón vivió para los dolores.

Llamé á la muerte, y la muerte no me respondía: llamé á Teresa, y Teresa estaba muerta; me llamé á mí mismo, y era ya un cadáver.

Morí: bajé al sepulcro.

Aquí soy ya feliz; la muerte es mas dulce que la vida; el espíritu dura mas que la carne; el sepulcro es mas bello que el mundo.

¡Solo en la paz de los sepulcros creo!

Calló. La brisa dió un suspiro, el rayo del sol se agitó sobre la tumba, el sauce movió sus ramas, la lira murmuró una armonía, y la sombra blanca se inclinó sobre el sepulcro.

—Yo soy una muger, dijo la sombra blanca; vago al rededor del cementerio, y por la noche duermo recostada en el mármol de este sepulcro.

¡En vida amé; pero amo mas después de muerta!

—ESPRONCEDA, dijo la voz de lo alto: yo te amo tambien. He coronado tu frente de laurel y rosas; he cubierto tu cadáver de una vestidura celeste: he escrito sobre tu frente el sello de la inmortalidad, y he grabado tu nombre en el templo de la gloria. Tú eres, ESPRONCEDA, el primogénito de mi amor.

Seguí un largo silencio. Me levanté, me aproximé al sepulcro, colgué de la losa una corona de laurel, y me alejé, volviendo á cada paso la cabeza.

Otra voz sonó desde el último sepulcro que se veía en medio:

—Yo soy un anciano; yo los conocí á todos.

Yo los tuve entre mis brazos.

Yo templé las cuerdas de sus liras.

Yo escuché sus cánticos.

Yo les coroné de gloria.

Yo los vi enmudecer.

Y yo les vi morir...

¡Soy un anciano! me llamo LISTA.

—Yo soy la gloria, dijo la voz. Y otro relámpago brilló á mis ojos. Todo desapareció.

Hallé que estaba en el cementerio de San Nicolás, delante de la tumba de Espronceda.

En vez de los sepulcros que yo soñé, me encontré con un nicho de dos palmos de ancho, tocando al suelo, una corona seca de laurel, y un letrero medio borrado que decía:

ESPRONCEDA.

Mas allá otro nicho de la misma especie, otra corona seca de siemprevivas, y este otro letrero:

LA AMISTAD,  
á la buena memoria

DE

DON MARIANO JOSÉ DE LARRA.

Y encima, y debajo, y á los lados, y por todas partes, otros nichos, otras coronas, y otros letreros:

¡Pedro Martínez! ¡Ignacio Sanchez! ¡Juan Perez!.

La gente me rodeaba por todas partes; los hombres pasaban con indiferencia por delante de las lápidas de Espronceda y de Larra. A mis ojos se agolparon las lágrimas; tendí una mirada á los dos nichos; creí ver los cadáveres hechos polvo, y me precipité á la puerta.

¡Siete poetas! murmuré al salir; ¡y casi todos murieron jóvenes!



y casi todos desdichados! Uno solo llegó á anciano, y se murió después de haber llorado á sus discípulos queridos... De los demás, el uno espiró jóven entre los brazos del amor; el otro acabó sus trágicos días lejos de su patria; el otro, desterrado, acordándose de su país; el

otro se volvió loco; el otro cayó, pobre reo, atravesado por las balas... y el otro fué suicida!...

¡Los poetas son mártires! ¡la gloria es el martirio!

JOSÉ DE IZA.



CASTILLO DE FALAISE.

Al Este de la pequeña ciudad de Falaise, departamento de Calvados, se ve el castillo que la defendía, y que en 998 ya era una de las fortalezas mas importantes de la Normandía. Guillermo el Conquistador nació en ella en 1027. Vino á ser el centro de todas las operaciones militares durante las guerras de rivalidad de Francia con Inglaterra, y resistió mucho tiempo á todos los esfuerzos que hicieron los franceses para apoderarse de él. Felipe Augusto la tomó por capitulación en 1204. Enrique V, rey de Inglaterra, se hizo dueño de ella el 2 de enero de 1418, después de cinco meses de sitio. Ganada otra vez en 1450 por Carlos VII, esta fortaleza y la ciudad hubieron de sufrir mucho en la época de las guerras de religion que desolaron la Francia. Enrique IV mandó dismantelar las fortificaciones.

El castillo está situado sobre una roca elevada que domina á la ciudad: sus ruinas conservan todavía un carácter de grandeza que le da un aspecto imponente y severo. Estaba pertrechado con un torreón rodeado de fosos y defendido por torres sólidas y por murallas. Restaurado y aumentado en diversas épocas, presenta por dentro y por fuera diferentes géneros de arquitectura; bien que el estilo normando es el que domina. La torre mas grande es la llamada de Talbot, del nombre de este general, que la hizo elevar en 1430; tiene unos cien piés de elevación, y es de una construcción tan sólida, que apenas se ha deteriorado. Se sube á su parte superior por una escalera oculta en lo interior de las murallas, cuyo espesor es de trece á diez y seis piés. La longitud de esta fortaleza es de doscientos setenta piés; su latitud, por término medio, de cuatrocientos veinte piés.

### EL MONTE CARMELO.

Traducido del francés por F. C.

Compréndese generalmente bajo el nombre de Carmelo ó monte del Rosio de Hermon, una cadena de montañas situadas en Siria, que partiendo de orillas del Jordán se prolonga del nordeste al sudeste, y viene á morir perpendicular á orillas del Mediterráneo. Las laderas de estos montes están cubiertas por una fuerte y robusta vegetación, y no falta monte bajo, espeso, entremezclado de encinas y de rocas grises de formas extrañas y colosales. La cima es un gran llano pedregoso. La viña, que en otros tiempos se cultivaba allí, ha sido reemplazada por bosques en que se hallan fieras, en particular panteras.

Pero lo que mas particularmente se designa con el nombre de Carmelo es la montaña que forma un cabo de mar al mediodía de San Juan de Acre, al norte de Dora, y sobre la cima de la cual se halla el monasterio que lleva su nombre.

El Carmelo es célebre bajo diversos títulos: parece que se adoraba allí en la antigüedad una divinidad que llevaba el mismo nombre Carmelo. Tácito dice que no tenia ni estatua ni templo, y si solo un altar

en el que se le rendía culto. Jamblique por el contrario dice que Pitágoras fué amenudo solo á meditar á un templo que estaba sobre dicho monte. Difícil es dejar de creer que no hubiese allí una ciudad perteneciente á la tribu de Judá (*Josué*, XV, 33 y *IV. Reg.*, XXV, 5). Allí era donde vivía Nabal del Carmelo, marido de Abigail. S. Gerónimo, que celebra la fertilidad de los pastos que cubrían la montaña, dice que por su tiempo tenían los romanos una guarnición en el Carmelo, lo que hace suponer que hubiese allí una ciudad. Fué tambien en el Carmelo donde al volver de su expedición contra Amalec levantó Saul un arco de triunfo (*S. Rey* XV, 11).

Pero á lo que sobre todo debe el Carmelo su fama, es á la estada que en él hicieron los profetas Elías y Eliseo. En la iglesia del actual monasterio, hácia al lado del mar, se enseña la gruta que habitó el primero mucho tiempo, en la que se había refugiado por huir de las persecuciones de Achaz y de Jezabel.

El santo, que dormía en otra cueva, había constituido esta en oratorio, y allí fué en donde á fuerza de oraciones obtuvo abundantes lluvias que consolaron al país después de tres años de sequía. Pegada á esta gruta se halla una capilla que pasa por ser la primera y la mas antigua de las que se han erigido á la Señora; está bajo el nombre é invocación de Nuestra Señora del Monte Carmelo. La tradición la hace remontar al año 85 de Jesucristo.

Es sabido que durante su permanencia en el Carmelo Elías rogó todo un día á Achab que le trajese á los sacerdotes de Baal, y que allí, después de haber hecho descender el fuego del cielo sobre el holocausto que había él preparado con sus propias manos, dió la señal del degüello de los falsos profetas. Se enseña aun hoy día el lugar del sacrificio y de la ejecución.

Algunos pasos mas arriba del oratorio de Elías se halla la cueva de Eliseo, su discípulo, abierta en la roca y cerca de una cisterna. Allí fué donde vino la Sunamita á rogar al profeta que resucitase á su hijo.

Al pié de la montaña puede verse una caverna larga de noventa centímetros, ancha de cuarenta y cinco, y alta de treinta y seis: gracias á una cisterna y á algunos árboles, es una morada bastante agradable; pero el llegar á ella es difícil y peligroso. Ha conservado el nombre de *gruta de los hijos del Profeta*. Según dice la tradición, allí era donde recibía Elías á los principales del pueblo. Hoy la ocupa un santón.

Mas arriba llama la atención del viajero un terreno llamado *el jardín de los melones*. Hé aquí lo que se cuenta tocante á este terreno: Era otras veces un melonar; un día pasó por allí el profeta Elías atormentado de una gran sed, y suplicó al dueño que le diese un melon. El dueño, no solo no tuvo caridad, sino que uniéndole la mofa á la dureza, le contestó que lo que le parecían melones no eran sino piedras. El santo, indignado, maldijo el melonar, y volviéronse los melones piedras. No nos hacemos garantes de la autenticidad de este



milagro; pero lo que si es incontestable es la perfecta semejanza de las piedras que se hallan en aquel lugar con melones. Muchos viajeros se llevan algunas de estas piedras.

En la edad media muchos religiosos cristianos han vivido en las grutas del Carmelo. Juan, patriarca de Jerusalem, instituyó en el año 400 en honor del profeta Elias una comunidad de ermitaños que dió origen al orden de los Carmelitas. Enrique IV fundó la orden de los caballeros hospitalarios del Monte Carmelo, que después fué reunida á la de los caballeros de San Lázaro.

En 1821, en la época de la heroica lucha de la Grecia contra la Puerta Otomana, Abdallah-Pachá destruyó del todo el monasterio del Monte Carmelo y su antigua iglesia dedicada á San Elias, bajo pretexto de que podría servir á los griegos de fortaleza. El gran señor, indignado de este acto de vandalismo, espidió un firman por el cual ordenaba á Abdallah-Pachá de reconstruir á su costa el convento. Pero el pachá no hizo caso de lo que mandó su alteza. Carlos X intervino, y gracias á los socorros enviados por este monarca y por los fieles de la cristiandad, los monjes del Carmen pudieron reconstruir su convento con los materiales del antiguo.

Entre los personajes ilustres que han visitado el Carmelo, se nombra á S. Luis, que hizo allí una peregrinacion hácia mediados del siglo XIII, y Juana de Breux, muger de Felipe el Largo, que se trasladó allí noventa años después.

El significado de la palabra Carmen no se ha fijado exactamente. Alguna vez se designa bajo la denominacion de cármenes los sitios que son muy fértiles y están sembrados de viñas y árboles frutales; es tambien uno de los nombres que se dan á la púrpura, porque se pescaban al pié de ese monte las conchas que dan ese color.

Desde el monasterio, asentado sobre la punta del cabo, á un lado se descubre el mar, y al otro los montes con enormes riscos cubiertos de verdura. Al pié del Carmelo, hácia el oeste, está Cahiphas y su puerto; al norte, sobre la costa que se redondea en forma de estanque, se vé San Juan de Acre (Ptolomais); al pié de la montaña el torrente Cison corre á arrojarle al mar; algo mas lejos sigue el rio Belces su curso en direccion paralela al Cison, y vá, como él, á echar sus aguas en el Mediterráneo.

El historiador Josepho atribuye el Carmelo á la Galilea; pero mas bien pertenecía á la tribu de Manasés y al mediodia de la tribu de Aser. Nazaret no dista de allí sino treinta y dos kilómetros.

#### UN RAOUT EN EL OLIMPO.

##### ROMANCE.

Estaba el señor Don Júpiter  
cierta noche en el Olimpo,  
con mas barbas que un zamarro  
y mas nubes que un pedrisco.

Entráronse de visita  
las diosas y dioscellos,  
estos á Juno mirando,  
y aquellas á su marido.

Iba delante de todos  
Marte, el cencerro divino,  
con un cazo en la cabeza  
y sartenes por vestido.

A su lado Doña Venus  
la buscona, con el niño  
en el traje de verano,  
venda y flechas por abrigo;

Y detrás sucio y tiznado  
Don Vulcano el herrero,  
que por ir tras su muger  
no pudo ponerse limpio.

Don Mercurio con la vara  
llegó preciado de esbirro,  
con Minerva, marimacho,  
muger y hombre á un tiempo mismo.

Fuéron pasando después  
Don Saturno el viejecito,  
Neptuno, el del asador,  
y Apolo, el del guitarrillo.

Eolo, el dios de los vientos  
entró dando resoplidos,  
y Baco encueros, borracho,

que encueros ya siempre el vino,  
En esto oliendo á alerebite

guiñando los ojos bizcos,  
vino el horrible Pluton,  
de sus tiznados dominios.

Iba con él Proserpina,  
y queriendo hacer el lindo,  
Don Jove, sin ver á Juno,  
de esta manera la dijo:

«Tanto me gustas, mi reina,  
y tales son tus hechizos,  
que por estar en tus brazos  
me trocara en falderillo.»

Llegaron estas palabras  
de Juno al atento oído,  
mordió al galán, arañóle,  
y le aturdió con sus gritos.

Vulcano, á quien estremecen  
de Tauro y Aries los signos,  
á buscar la red de antaño  
fuese al punto derechoito.

Venus por hablar con Marte  
dejó caer á Cupido,  
y Marte soltando el yelmo  
descalabró al pobre chico.

Júpiter, harto de dioses,  
echando mano al bolsillo,  
sacó una caja de rayos,  
(esto es, fósforos olímpicos).

Dió un trueno por estornudo,  
escupió viento y granizo,  
y huyendo los tertuliantes  
se hundieron en los abismos.

#### ROMANCE.

Dejando al viento detrás  
bogaban dos galeotas,  
dando caza sin descanso  
á una barquilla española.

Iba dentro un pescador  
en los brazos de su esposa,  
amantes ambos y amados,  
dos cuerpos y una alma sola.

Al ver el pirata fiero,  
espanto de aquellas ondas,  
que el pobre batel estaba  
muy cerca ya de la costa,

Mandó á alcanzarle una bala  
ardiente como su cólera,  
que fué cortando los aires  
á abrir del barco la popa.

Cayó entonces desmayada  
la inocente pescadora,  
y apareció en su semblante  
la nieve donde hubo rosas.

Con ella en brazos, el hombre  
al mar airado se arroja,  
pidiendo á voces á Dios  
que en trance tal le socorra.

«¡Que se salve y yo la vea  
dentro de mi pobre choza;  
sin ella el sol para mí  
no tiene luz, sino sombras!»

«¡Que se salve aunque yo muera,  
la vida poco me importa,  
que el alma no morirá  
porque ella la tiene toda!»

Oyendo estas tristes voces  
se enternecieron las olas,  
y á los amantes dejaron  
sobre la playa arenosa.

Ella abrió los negros ojos,  
al mundo de nuevo torna,  
y en los brazos del mancocho  
para caminar se apoya.

JOSÉ GÓNZALEZ DE TEJADA.

SOLUCION DEL JEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 44.

Cada uno recibe de la fortuna desaires.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Albániz.